

LECCIONES DE ABISMO
ALONSO GUERRERO

Verano azul



El fin de las vacaciones siempre plantea la necesidad de cambiar muchas cosas. En primer lugar, el transe ilusorio con que las esperamos. Vivimos, el resto del año, como destinatarios de algo que la vida nos debe. Las vacaciones, que iban a proporcionarnos una reparación, resulta que sólo nos hacen ver que somos irreparables. Los tiempos modernos han hecho de nosotros algo parecido al Gólem, el monstruo creado por el rabino Löw para realizar los trabajos duros en la sinagoga, que cometía crímenes cuando el rabino se olvidaba de quitarle de la boca el papel con las palabras cabalísticas que le daban vida. Nadie sabe qué pensaba aquel monstruo de arcilla de la vida mágica que recibía, y que en realidad lo volvía otra cosa, pero el turista moderno, el hombre que nace aspirando a descansar presenta un síndrome parecido cuando el día 1 de agosto lo sueltan y hay que buscarlo por el resto del mundo (no ya en el gueto de Praga) para quitarle el papel de la boca. Estoy convencido de que la mayoría de los turistas, esos hombres y mujeres que vuelven el día 31, tienen las mismas señales de insatisfacción con el trabajo que con el descanso. Nada nos complace. Quizá somos incapaces de ser dichosos. Quizá el turista es un tipo que ha extraviado el sentido de la vida, y lo busca en las pesadillas que lo acosan cuando duerme en los aeropuertos.

La vuelta al trabajo es una vuelta a la rutina, al hastío. Comienza una vez más la cuenta atrás. Es también una suerte de esclavitud que somos incapaces de diferenciar del automatismo de las vacaciones, consistente en un movimiento perpetuo que tampoco nos concede la libertad. No

personalizamos las vacaciones: hacemos lo que todo el mundo hace. Las vacaciones, simplemente, nos sumergen en una multitud distinta. No es la que trabaja, pero tampoco es la que vive, o la que descansa. El trozo de papel con las palabras de la cábala que nos insertan en la boca nos hace tomar conciencia sólo de que somos un monstruo de arcilla, y de que nuestra felicidad consiste en una búsqueda de sentido extraviado en alguna parte. El rabino Löw también daba vida al Gólem escribiendo en su frente la palabra hebrea 'emet' (verdad), y le quitaba esa vida borrando a

esa palabra la primera letra, lo que creaba otra: 'met' (muerte). Lo ha copiado Netanyahu con el ejército israelí, su Gólem.

Además, no hay que olvidar los parques temáticos. Vivimos en ellos como si fueran productos de la imaginación, no infiernos en los que persiste el estereotipo. Todos los turistas van a los mismos sitios, todos viven las mismas experiencias. Todos eligen las

vacaciones que eligen los demás. Ahora estrenan Tarzán, el musical. Jamás nos libraremos de Tarzán, personaje simpático que representa la enorme frustración de los que no podemos serlo, aunque busquemos sus fundamentos durante las vacaciones. Tarzán es otro parque temático. Esas peleas con los leones y esa admirable obediencia de los elefantes las convertimos en la lucha con los que quieren llegar antes a la hamaca de la piscina, y en la diligencia del camarero que nos dice dónde están los huevos con bacon en la encimera del bufet libre. Cada vez encontramos más diferencias entre gastar dinero y ser feliz. En realidad, lo que ocurre es que van a terminar fastidiándonos el capitalismo.

Las vacaciones, que iban a proporcionarnos una reparación, resulta que sólo nos hacen ver que somos irreparables

DESDE OTRA PERSPECTIVA
FELIPE SÁNCHEZ GAHETE

¡No es la ciencia, estúpido!



Lo que yo diga que no valga, advertiría mi admirado Antonio, aldeano sabio de La Cardenchoza.

He leído con mezcla de orgullo y nostalgia, y envidia sana, si es que existe, la noticia aparecida en HOY sobre 'La nueva generación de médicos extremeños'. Con estos mimbres deben salir buenas cestos.

Sólo les pido que lo que saben y aprendan lo utilicen bien, que el paciente, al otro lado de la mesa, sea el actor principal, empaticemos con él o no, haya entrado como miura a puerta gayola o no y que, parafraseando a James Carville, asesor de Bill Clinton y su célebre «¡Es la ecología, estúpido!» que en 1992 llevó a Clinton hasta la Casa Blanca, se queden con esta otra: ¡No es la ciencia, estúpido, es el amor!

No nos volquemos sólo en los conocimientos como George Bush, padre, el contrincante de Clinton, seguía volcándose en la política exterior olvidándose de los problemas cotidianos y de las necesidades más apremiantes de los ciudadanos.

Hace tiempo traje a estas páginas a un —me había cautivado su 'Trilogía de la vida'— científico español. Me refiero a Carlos López-Otín, catedrático de Bioquímica y Biología Molecular en la Universidad de Oviedo, nombrado recientemente primer marqués de Castillo de Lerés por Felipe VI.

La ciencia, futuros especialistas, como señalaba Otín y advertía Santa Teresa con Dios, está muchas veces en los pucheros.

Fabulaba Otín:

«Nadie esperaba ya una noticia así, pero esta vez parecía que iba en serio... La joven presidenta de la primera Cumbre Mundial del Cambio Oncológico es-

taba a punto de anunciar un descubrimiento capital en la historia de la humanidad [...] Con matemática precisión compareció a la hora anunciada y se dirigió al mundo entero:

El Consejo Científico para el Cambio Oncológico puede asegurar y asegura que a partir del próximo año empezarán a decrecer los casos de cáncer hasta quedar reducidos a menos del 50% de los que existen en la actualidad.

Las claves para lograr implementar este trascendental avance científico y social son las siguientes:

Nutrición: moderar la ingesta de alimentos, practicar la restricción calórica, evitar la obesidad, aumentar el consumo de frutas y verduras, reducir el consumo de carne roja y no tomar alimentos ultraprocesados ni bebidas azucaradas.

Ejercicio físico: practicar un mínimo de treinta minutos diarios de actividad física moderada

Antitoxicidad: minimizar la ingesta de agentes tóxicos como el alcohol, no abusar de la exposición al sol y evitar cualquier fuente de toxicidad, incluida la producida por los propios humanos. Por ejemplo, la guerra de Ucrania

Muchas gracias por su atención. Si tienen alguna pregunta estoy a su disposición.

La audiencia quedó desconcertada. Nadie decía nada. Al final un periodista se atrevió a preguntar:

—¿Eso es todo?

La presidenta le dijo:

—Así es. ¿Le parece a usted poco?

El periodista replicó:

—Pero si esto lo sabemos incluso desde antes de que usted naciera

La presidenta sonrió de nuevo:

—Y si lo saben ¿por qué no lo aplican?».

La ciencia, futuros especialistas, está muchas veces en los pucheros

ZONA DE PASO
VICTORIA PELAYO RAPADO

Junto a la tierra quemada



Una de las imágenes más vistas días atrás ha sido la de efectivos de la UME o bomberos avanzando en fila india; vestidos con trajes de protección, botas y cascos van cargados con mangueras, hachas, sierras; mientras, a su alrededor, el monte echa humo y los árboles parecen teas. La foto está tomada desde atrás, por eso no se ven sus rostros, pero es fácil imaginar el can-

sancio que arrastran, el peso del material que portan y el otro peso, el que se intuye, aunque no se vea.

Esa imagen me recordó otra de hace un año, en el mismo lugar, aunque en aquella ocasión la fila no era de bomberos, sino de senderistas con chirucas, gorra y mochila, la que contenía una carga ligera de chokolatinas, fruta, zumos o agua. Algún rezagado sacaría la foto desde el final de la fila y, aunque no se ven las caras, se intuye la ligereza del grupo, que camina decidido para alcanzar la recompensa: un baño en La Tejea, Hervás. El día fue inolvidable, no pesaba el calor ni la fatiga, caminamos al abrigo de castaños, abedules y robles, que no dejaban pasar el sol y que juntos formaban el mejor toldo verde para el caminante. Así intenté contarlos entonces en este mismo espacio en un artículo titulado 'El camino de la Tejea'.

Apenas empezaron, las fiestas termina-

ron abruptamente, las calles enmudecieron cuando los veraneantes abandonaron el pueblo y la actividad se concentró en el cielo; los que habían venido a disfrutar de las piscinas naturales desaparecieron, como si el verano se hubiera acabado de repente, sin transición. Dicen que después de la tormenta viene la calma, y después del fuego viene el silencio. Silencio en el monte, en el bosque, en los caminos, en los terrenos de pastoreo, en las rutas senderistas y en la calle, porque los que se quedaron se quedaron sin palabras. Se agostó agosto y se truncaron los planes del verano en el que vino el monstruo voraz.

Se apagaron los aviones y se encendió la calle. Regresan los que se habían ido, las terrazas recuperan el tintineo del hielo en los vasos y las conversaciones dejan de ser monotemáticas.

Llevemos la magia de nuestra presencia a los caminos, al monte y a las pistas,

ahora negros, hagamos que el otoño sea mágico y espantemos la solstalgia. Pisesmos, sin miedo a mancharnos, la ceniza hasta borrarla; regresemos a los lugares afectados y acompañemos a los vecinos de las zonas arrasadas, de los pastos devorados, de los animales muertos; caminemos por los valles o por lo que fueron bosques; visitemos El Ambroz, El Jerte, El Bierzo, Las Médulas, Sanabria, no todo es tierra quemada. Consolemos a los que han perdido todo o mucho de la única forma posible: ocupemos casas rurales, restaurantes, bares o tiendas. Que se abstengan los desaprensivos en busca del selfi ante una casa devorada por el fuego a cambio de cien 'me gusta'; turismo oscuro se llama, oscuro como sus devotos.

El cielo luce azul, el humo no ciega los ojos, salgamos a caminar por la tierra quemada y negra para que no se sienta tan sola.